

¡50 Años de milagro detrás de las rejas!

Los nombres de los personajes y lugares, como también las fechas, son reales, con excepción del protagonista principal, a quien siempre se lo conoció por su seudónimo, Harry Orchard, por respeto a su esposa e hija, y demás parientes.

Uno de los juicios más sensacionales ocurridos en toda la historia norteamericana, que en su tiempo conmovió a la nación entera, es el que se realizó en la ciudad de Boise, estado de Idaho, durante el verano de 1907. Su desarrollo era presenciado diariamente por miles de personas que acudían de todas partes del país: periodistas de 24 de los principales diarios, escritores, fotógrafos, políticos, abogados, industriales, representantes de los gremios obreros, amén de la multitud de observadores que podríamos simplemente llamar "el pueblo", todos ansiosos de no perder un detalle del debate.

Los habitantes de Boise no lo seguían quizá con más apasionamiento que los de Nueva York, Washington o Miami. Y los comentarios acerca de este juicio y de algunos sucesos previos que lo motivaron, aparecieron también en periódicos de otros países.

¿Por qué este caso era tan extraordinario y revestía tal importancia? ¿Quiénes y qué intereses estaban en juego? Hagamos un poco de historia.

En las últimas décadas del siglo pasado, los centros mineros de los Estados Unidos fueron el escenario de una lucha enconada entre obreros y capitalistas, entre las compañías mineras y los sindicatos. Hubo injusticias y abusos de ambas partes. La Federación Occidental de Mineros llegó a ser una institución temible que sembró el terror en varios estados: Idaho, Montana, Colorado, California.

Las huelgas iban acompañadas de actos feroces y sangrientos, especialmente contra los obreros y las compañías que no obedecían a los sindicatos. Una de ellas era la poderosa compañía minera de Bunker Hill y Sullivan, cerca de Kellogg, Idaho.

En la mañana del 29 de abril de 1899, una multitud de 1.200 huelguistas armados se apoderaron del tren de la región, cargaron 50 cajas de dinamita, se dirigieron al gran molino de la mina, distante un kilómetro, dispuestos a matar a quienes ofrecieran resistencia, depositaron su carga mortífera y se alejaron de la planta industrial, mientras un ejecutor temerario prendía el dispositivo que hizo volar el molino y sus depósitos, reduciendo a escombros y ceniza un capital de medio millón de dólares, que en aquel tiempo significaba una enorme fortuna.

Era entonces gobernador del estado, Frank Steunenberg, hombre de vigorosa estructura física y moral: robusto, fuerte, enérgico, íntegro, leal al deber, querido y respetado en la comunidad.

Cuando ocurrió el atentado, se hallaba convaleciendo de una seria enfermedad. Podía asumir dos o tres distintas actitudes: Siguiendo la política de sus predecesores, podía hacerse el desentendido; o si no, dar un paso más: enviar un mensaje al jefe del distrito manifestándole que desaprobaba lo ocurrido... y que a él, como jefe, le correspondía tomar las medidas que juzgara posibles. O bien, podía tomar la resolución de poner fin a este reinado de violencia y restablecer el orden y el respeto a la ley.

"¡Y esto es lo que haré!", se dijo después de reflexionar un rato. Necesitaba reforzar la milicia local. Así que telegrafió al presidente Mc Kinley para que le enviara tropas nacionales. Declaró la ley marcial y se tomaron medidas enérgicas con la unión de ambas fuerzas, las nacionales y las del estado.

Cuando el gobernador recuperó la salud, dirigió en persona la represión y logró restablecer el orden en el territorio que tenía a su cargo. En 1901, al finalizar su segundo período gubernamental, se retiró a la vida privada con la satisfacción del deber cumplido. Felizmente su sucesor supo mantener el orden en ese estado.

No podía decirse lo mismo de Montana y Colorado, que continuaban azotados por una ola de terror. Como ejemplo, ahí estaba el caso de la mina Vindicator: una dinamita mató al superintendente y al capataz de turno y causó enormes daños. Peor aún fue la que hizo volar la estación Independence, quitó la vida a catorce personas y dejó a muchas otras mutiladas para el resto de sus días.

Era innegable que la Federación tenía agentes audaces a quienes empleaba para ejecutar estos actos criminales. Pero también era evidente que, en los casos más difíciles y espantosos, el ejecutor parecía ser uno solo y siempre el mismo, por su manera de "trabajar"; una persona habilísima y especializada en un

procedimiento hasta entonces desconocido que le permitía escapar con vida del atentado sin dejar rastro alguno por el cual pudiera ser atrapado.

Sí, una mente y una mano maestras, pagadas para el crimen y la destrucción, no sólo de minas y molinos, sino de personas relacionadas con el gobierno y la policía. Por ejemplo, el detective Gregory fue muerto de un balazo en las calles de Denver y el asesino se hizo humo. El gobernador y el presidente de la Suprema Corte de Colorado escaparon providencialmente de los explosivos dispuestos con habilidad para quitarles la vida. En cuanto a Frank Steunenberg, mientras desempeñaba su cargo, más de una vez recibió amenazas por teléfono y por anónimos; pero terminó sus dos períodos sin sufrir atentados. ¿Estaría libre ahora que se había retirado?

¿Quién era ese agente habilísimo, temerario y envilecido que cometía un crimen tras otro y lograba siempre escapar sin dejar huella? Se lo conoce con el seudónimo de Harry Orchard.

Procedía de una honorable y numerosa familia de ocho hermanos, un padre laborioso pero demasiado impositivo e inflexible, y una madre piadosa y amantísima. A los 20 años era un hermoso joven, rubio, alto, vigoroso, inteligente. Amaba tiernamente a su madre y sentía un sordo resentimiento hacia el padre. Se casó con una joven encantadora y formaron un hogar feliz aunque modesto. Poco a poco fue dominándolo un afán desmedido de enriquecerse. Este afán lo arrastró al juego y a la especulación y, como consecuencia natural, empezó a tener "amigos" de moral dudosa y a contraer deudas. A pesar del cariño y los esfuerzos de su fiel esposa, gradualmente se fue hundiendo en el vicio y los negocios deshonestos, hasta que una noche incendió su propio negocio para cobrar el seguro y abandonó a su esposa y a su tierna hijita. Un delito lo condujo a otro, y en pocos años se convirtió en un hombre corrompido y criminal. Volvamos ahora al ex gobernador Steunenberg. Aunque se había retirado de la política, seguía siendo una figura destacada. Dueño de una gran plantación, rico ganadero, colaboraba activamente en todo lo que contribuyera al progreso de la comunidad.

La Federación Occidental de Mineros no había olvidado el golpe que Steunenberg les asestara cuando era gobernador, y aunque a menudo dejaban pasar un largo lapso antes de vengarse, en este caso particular, eso no significaba que, hubieran desistido. . . Así que en 1905 ordenaron a Orchard que le quitara la vida al ex gobernador.

Orchard llegó a Caldwell, la ciudad residencial de Steunenberg, como un importante comprador de ganado lanar; paraba en el mejor hotel y pronto llegó a ser una figura popular. Cuando se hubo familiarizado con las actividades, entradas y salidas del ex gobernador, decidió cumplir la misión que se le había confiado. Sin embargo, en cuatro distintas ocasiones fracasaron sus planes diestra y cuidadosamente trazados. Tres veces por circunstancias imprevistas, y la cuarta, por una razón que él mismo no supo explicarse. Era una noche oscura. Armado de un revólver se dirigió a la casa de Steunenberg, por el parque. Se acercó a una ventana que daba a la sala y, a través de ella, contempló el cuadro familiar: la esposa, sentada en una mecedora, tejía; la hija, de unos diez años, y el hijito menor de cuatro, estaban sentados en la alfombra, ella hojeando una revista y el niño haciendo "construcciones" con bloques de madera. El padre, sentado en un sillón, leía, precisamente ubicado como para recibir un tiro en la cabeza. Orchard levantó el arma y apuntó...

En ese preciso instante el niño dejó su juego, se puso de pie, se dirigió hacia su padre y se sentó en sus rodillas. Orchard esperó un momento... No era su intención hacer daño a la criatura...

-Papito, ¿por qué no cantas esa canción que tanto me gusta, "Old Uncle Ned"?

-Bueno, bueno, si tú me acompañas- Y la hermosa voz de tenor del padre y la desafinada vocecita del niño se unieron para entonar la canción popular.

La cabeza del ex gobernador se destacaba nítidamente. Orchard podía disparar sin ningún peligro para el chico. Pero siguió apuntando indeciso. . . y contemplando fascinado la escena.

¿Qué pasó en ese momento en el alma del criminal? ¿Recordó su niñez, cuando su amorosa madre los reunía a él y a sus hermanitos y cantaba con ellos y les enseñaba las plegarias infantiles? ¿Se acordó de la joven esposa y de la preciosa hijita a quienes había abandonado para convertirse en un vil malhechor? Lentamente, tal vez sin darse cuenta, bajó el arma y la colocó en el cinto, se abotonó el saco y se encaminó hacia el hotel. Poco y nada durmió esa noche. Se acertaba día tras día el plazo que le fijaron para cumplir su "misión". ¡Y él había desaprovechado tontamente la magnífica oportunidad de esa noche! Ahora tenía

que usar bien la cabeza y apresurarse, porque la fecha final, el 31 de diciembre, se acercaba inexorablemente. La próxima vez no fallaría. Empezó a preparar minuciosamente su mortífero explosivo. Mientras tanto, la familia Steunenberg se había reunido con motivo de las fiestas de fin de año. El padre se desentendió por unos días de sus negocios; y el hijo mayor, de 17 años, regresó del colegio donde estudiaba, para pasar en su hogar las vacaciones de invierno. Ya habían celebrado juntos Navidad. Faltaba festejar el Año Nuevo.

Era el atardecer del viernes 29 de diciembre. La Sra. de Steunenberg y Julián, el hijo mayor, conversaban apaciblemente en la sala. La leña que ardía en el hogar chisporroteaba vivamente entre las llamas que iluminaban con dorados resplandores el salón donde aún no se habían encendido las luces. ¡Cómo disfrutaba Julián de ese ambiente hogareño, junto a unos padres a quienes amaba y respetaba, y unos hermanitos cariñosos y bullangueros! Pero había notado algo en su padre que lo tenía intranquilo, y ahora le expresó a su madre esa preocupación:

-A papá lo noto pensativo y ensimismado. ¿Qué le pasa? ¿Andan mal los negocios, o tiene otros problemas que prefieres ocultarme?

-Nada tengo que ocultarte, Julián. Los negocios andan muy bien; y ahora que no milita en política, no creo que haya causas externas de preocupación. Pienso que se trata de un conflicto espiritual. Estoy convencida de que tu padre siente una necesidad o inclinación religiosa, pero nunca se ha expresado ni ha dado un paso decisivo en ese sentido. Antes estaba envuelto en un torbellino de responsabilidades y deberes, y ni tenía tiempo de pensar en su ser interior. Pero ahora sí tiene tiempo para que esas inquietudes espirituales lo acosen.

-Bien, mamá; él siempre se mostró satisfecho y hasta feliz de que tú fueras una devota cristiana y guiaras a tus hijos de acuerdo con tu fe y convicciones. Papá siempre ha sido fiel y valiente para cumplir con su deber de acuerdo con los dictados de su conciencia; y estoy seguro de que, en este asunto, también lo hará.

-¡Dios te oiga! Será para su felicidad y la de todos.

El sábado 30 de diciembre amaneció excepcionalmente frío. Hubo una tormenta de nieve tan recia que obligó a los habitantes de la región a permanecer en sus casas. Conforme a su costumbre, el ex gobernador se levantó temprano, encendió un buen fuego y se sentó junto al hogar, más pensativo que nunca. Los demás miembros de la familia notaron su inquietud y preocupación. La esposa se le acercó en silencio y, colocando suavemente una mano sobre su hombro, le habló con ésa su voz tan dulce y aquietadora:

-Querido, te noto muy intranquilo. ¿No puedes confiar en mí y decirme qué te pasa?

En voz baja y tensa, Frank Steunenberg contestó:

-Los malos y los buenos espíritus han luchado conmigo toda la noche. No he podido dormir.

-No resistas a los buenos espíritus, mi amor. No desoigas la voz del Espíritu Santo. ¡No te imaginas cuán dulce es la paz que inunda nuestro ser cuando le confiamos a Dios nuestras vidas!

Los hijos habían ido entrando, y los dos mayores simulaban estar absorbidos en la lectura... El Sr.

Steunenberg no respondió. Se levantó, recorrió varias veces la sala como ventisca, y de pronto empezó a cantar, con su hermosa voz de tenor, como si cantara para sí mismo:

"Más cerca, oh Dios, de ti quiero morar, aunque sobre una cruz me hayan de alzar".

Todos escuchaban emocionados. Cuando terminó de cantar esa estrofa, se dio vuelta y miró sonriente a su esposa. En un instante ésta se hallaba en sus brazos, sonriendo en medio de sus lágrimas de gozo. Con ternura, él le dijo:

-Querida, mi decisión está hecha.

Fue un día de indecible felicidad para la familia. Hasta la tormenta de nieve les pareció su aliada, porque les impidió salir, de modo que disfrutaron plenamente la dicha de estar juntos. Cantaron, oyeron música, leyeron en voz alta porciones favoritas de las Sagradas Escrituras, y conversaron y rieron como no recordaban haberlo hecho nunca.

Al anoecer, la tormenta amainó y el ex gobernador salió para cumplir con algunos compromisos urgentes, en especial una consulta con la junta directiva del banco local, pues era presidente del mismo. Julián también salió para hacer algunas visitas.

Harry Orchard debía apresurarse a poner en ejecución su plan. Al día siguiente expiraba el plazo que le habían fijado sus "empleadores". Durante toda la tarde había estado en acecho de su víctima. Por fin al anoecer lo vio salir de su casa y dirigirse al Banco... y de allí al correo... para luego detenerse en la calle a conversar con unos amigos. Rápidamente Orchard se acercó a la casa protegido por la oscuridad, se agazapó junto al cerco y al fin enterró la bomba entre la nieve frente al portón, conectándola al mismo por medio de un cordón. Así tendría que explotar infaliblemente, fuera que Steunenber abriera el portón o tropezara con el cordón.

Reinaba una plácida tranquilidad en el hogar de los Steunenber. La madre, en la cocina, preparaba la cena. La hija entretenía en la sala a su hermanito, mostrándole un libro de láminas de colores. De pronto se oyó una explosión terrorífica que hizo temblar la casa, rompió los vidrios de varias ventanas e hizo añicos muchos objetos que cayeron al suelo. El niño lanzó un grito desaforado y corrió a la cocina; pero la niña, por un impulso inconsciente, se dirigió corriendo hacia la puerta y salió al patio. Detrás de ella, con una palidez cadavérica en el rostro, venía su madre. En la entrada del parque hallaron al Sr. Steunenber tendido sobre la nieve, sangrando y sin sentido.

Inmediatamente los vecinos empezaron a reunirse, acudieron los médicos, y el herido fue transportado a la sala con el mayor cuidado y tendido sobre una camilla de emergencia. Durante media hora la ciencia médica luchó tenazmente para salvarle la vida. Al fin de ese lapso, el médico de familia y amigo íntimo de la víctima le tomó una vez más el pulso, se inclinó sobre él y lo auscultó. .. Luego, lenta y dolorosamente le cubrió el rostro con una sábana, se dio vuelta y abrazó a la desdichada esposa.

Aquel valiente corazón había dejado de latir; pero era un corazón que estaba en paz con Dios. La Providencia lo había librado cuatro veces de la muerte, hasta que el ex gobernador hizo su decisión para la eternidad. Ahora la familia lloró esta tremenda pérdida, pero no como los que no tienen esperanza para más allá de la tumba.

¿Qué ocurría mientras tanto con Harry Orchard? Ese malhechor envilecido y habilísimo que había cometido tantos delitos sin dejar la menor huella que pudiera delatarlo, incurrió esta vez en algunas torpezas y descuidos inexplicables. Se había alejado rápidamente del escenario del crimen, sin ser visto, y se dirigió al centro de la ciudad dejándose ver en los sitios más concurridos. Luego entró en el hotel y subió a su cuarto.

Pronto la noticia se esparció por toda la población, y el hotel se llenó de voces y de personas que entraban y salían presas de la mayor agitación. Orchard bajó para averiguar qué ocurría. Cuando lo supo, se manifestó naturalmente apenado, pero sin la intensa emoción de los habitantes de la ciudad, todos admiradores del extinto, siendo muchos de ellos amigos personales suyos.

De parte del gobierno y de la policía se tomaron inmediatamente las medidas pertinentes y se extremó la vigilancia en lugares públicos, vehículos, trenes y caminos. Todas las personas extrañas o poco conocidas fueron interrogadas, y también lo fue Orchard, "sólo para llenar las formalidades". Contestó gentilmente que eso era lógico, y respondió sin vacilación las preguntas que le dirigieron, indicando los lugares donde había estado en las horas anteriores al hecho. Muchos podían testificar que lo habían visto en esos sitios. Su coartada era perfecta. Hasta ahí el delincuente representó su papel con entera naturalidad.

En el hotel donde se hospedaba, un detective humildemente vestido como un hombre común observaba a los que entraban y salían, mientras leía los periódicos. Le llamó la atención el hecho de que Orchard estuviera solo, sentado junto a una ventana como olvidado de cuanto lo rodeaba a la vez que parecía dominado por una gran inquietud y nerviosismo. En cierto momento, en compañía de un empleado del hotel, fue a la casa de Steunenber. Cuando regresó, comentaba con demasiada vehemencia el horrendo atentado y "cuánto se condolía por la desgracia de la familia".

Se retiró a su cuarto a medianoche. A la mañana siguiente, bajó pulcramente vestido y afeitado para tomar el desayuno. Unos hombres que dijeron interesarse en vender animales prolongaron la conversación con él sobre un asunto y otro, mientras dos detectives registraban su habitación. No hallando ningún detalle comprometedor, estaban por retirarse cuando a uno le pareció notar que un extremo de la alfombra estaba ajado y arrugado. Levantaron la alfombra y encontraron una tabla floja en el piso; y ahora, levantando la tabla, descubrieron un escondite que contenía fusibles, cápsulas, sulfato de cal, algunas herramientas y demás. Interrogando en la oficina del hotel, se les había informado, primero, que Orchard se había registrado como comprador de ovejas; pero siguiendo sus averiguaciones supieron que, a pesar

de ausentarse a menudo por varios días, según él para comprar ovejas en tal o cual lugar, en ninguno de los lugares mencionados había comprado ni siguiera un corderito.

Un "comedido" lo puso sobre aviso acerca de las sospechas que recaían sobre él. Además, cuando subió de nuevo a su pieza, se dio cuenta de que la habían revisado. Nunca se pudo explicar a sí mismo por qué había sido negligente en deshacerse de todos esos indicios. Pero aún tenía muchos recursos, y uno muy importante era su aplomo. Preparó bien las explicaciones que daría en cuanto a esos objetos y, sabiendo que ninguna prueba válida tenían contra él, se dirigió al sheriff manifestando que tenía entendido que se sospechaba de él, y como era completamente inocente, quería que aclararan en su presencia cualquier duda. Parecía tan sereno y seguro de sí mismo, que los dejó a todos casi convencidos.

Sin embargo, por la tarde de ese día, 31 de diciembre, el sheriff le avisó que, por orden del gobernador del estado, quedaba detenido y que no debía abandonar el cuarto. Unas horas después lo arrestaron, acusándolo directamente del asesinato del ex gobernador. Fue puesto en la cárcel de Caldwell, donde quedó incomunicado durante tres semanas. Luego, para seguridad del preso, lo trasladaron a la cárcel de Boise, donde continuó la misma absoluta incomunicación: no podía hablar con nadie, recibir visitas de nadie, y el único ser viviente a quien veía era el guardián, que le alcanzaba la comida sin dirigirle una sola palabra.

Este fue un procedimiento judicial de gran acierto psicológico aplicado a un hombre aventurero, inquieto, plétórico de vida y acostumbrado a la libertad. Solo con sus pensamientos, solo consigo mismo, no teniendo con quién hablar, empezó a hablarle la conciencia. ¡Y cómo le hablaba! No le daba punto de reposo. Y los recuerdos empezaron a desfilar en tropel por su memoria: recuerdos de la infancia, de la madre piadosa que le enseñó a orar y amar a Dios. . . Luego recuerdos de su juventud, de sus primeros años de casado, cuando era un hombre honesto y laborioso y vivía feliz junto a su esposa linda y buena y a su hijita encantadora, a quienes abandonó para entregarse a una vida de pecado y disipación.

Cuando ya estaba desesperado por la soledad, el encierro y los azotes de la conciencia, empezó a visitarlo el Dr. Mc Pharland, uno de los detectives más hábiles y famosos del país. Ya en su primera visita, el detective se dio cuenta de que tenía que habérselas con un preso de inteligencia nada común, y de que necesitaría de toda su pericia y sagacidad para obtener la confesión del reo. Pero entre las cualidades que hicieron notable a este funcionario, estaba la de saber esperar y tomarse todo el tiempo necesario para lograr su fin. Había conseguido arrancar la confesión de toda clase de delincuentes, algunos muy empedernidos y cínicos, otros que se escudaban en un silencio obstinado como si fueran sordomudos. Por el contrario, desde su primera visita a Orchard notó que el delincuente sentía una necesidad física de conversar, y si bien al principio se limitaba más a escuchar y simulaba indiferencia, en visitas subsiguientes el diálogo se entabló fácilmente. Orchard era un buen conversador, y podían hablar cordialmente. Sin embargo, en cuanto se tocaba el "tema" relacionado con su caso, se tornaba prudente y cauteloso... Sabía que no tenían pruebas contra él; sabía también que la Federación a la cual había servido de instrumento era rica y muy poderosa y le sería fácil lograr su libertad.

El problema de Orchard no era ése, sino el tremendo conflicto interior que a veces no le permitía dormir duran te muchas noches seguidas, y aunque tenía gran dominio propio y en presencia del detective y del guardián aparecía sereno y completamente dueño de sí mismo, por dentro la lucha espiritual era tan intensa que lo iba aniquilando.

Un día el guardián lo saludó amablemente y le comunicó que tenía algo para él:

-Buenos días, Orchard. Hemos recibido del Dr. Paulson un obsequio para Ud.

-¿Quién es el Dr. Paulson?

-¿No ha oído hablar de él? Es un médico muy competente y apreciado y, al mismo tiempo, un gran amigo de los que sufren, tanto del cuerpo como del alma. Con bastante renuencia Orchard recibió el paquete, lo abrió y, al ver que contenía una Biblia, montó en cólera:

-i La Biblia! ¿Para qué quiero yo esto? ¡Llévesela! ¡ No la necesito!

-Le aconsejo que la reciba y la lea. Le hará bien.

Pero el preso se mantuvo inflexible, y el guardián se retiró llevándose el sagrado Libro. En cuanto se cerró la puerta, la batalla empezó de nuevo con mayor fiereza en aquella pobre alma atormentada. Por momentos recorría la celda a grandes pasos como fiera enjaulada; por momentos se dejaba caer agotado en su cama.

El Dr. Mc Pharland le había hablado de la necesidad que todo hombre tiene de vivir en paz con Dios, y que esto únicamente se logra por medio del arrepentimiento y la confesión. Le mencionó tres casos notables relatados en la Biblia: Moisés había matado a un hombre y se vio obligado a huir al desierto donde permaneció muchos años; el rey David no sólo cometió adulterio sino también asesinato en el caso de Urías y su mujer; y el apóstol Pablo fue culpable de la persecución y muerte de muchos cristianos. Sin embargo Dios honró con su especial distinción a estos tres hombres: el primero fue una de las figuras más prominentes de la historia, como líder, legislador y escritor; el segundo está considerado como el rey más glorioso del pueblo israelita y Dios declaró que era un hombre "conforme a su corazón"; el tercero, fue designado por Dios mismo como "instrumento escogido" y llegó a ser el apóstol por excelencia. Si bien Orchard escuchó estos relatos como si no le interesaran en lo más mínimo, cuando estaba solo no podía desterrarlos de su mente. ¡Y cómo anhelaba ahora leer por sí mismo esos episodios narrados en la Biblia! Porque "los malos espíritus", como los llamara una vez su víctima, lo atormentaban con el pensamiento de que él era un caso perdido. . . ¡había cometido tantas atrocidades y llevado una vida tan depravada, que sin duda alguna estaba fuera del alcance de la gracia divina! Pasó una noche de angustia indescriptible. Al otro día, cuando el guardián le llevó el desayuno, con aparente despreocupación, el preso le dijo:

-Oiga, estuve pensando que no me vendría mal entretenerme leyendo algo. Si tiene a mano el librito que me ofreció ayer, lo aceptaré.

El guardián empezó a sospechar que esa despreocupación podría muy bien ser simulada; no obstante con mucha satisfacción le entregó la Biblia.

¡Con cuánta ansiedad empezó a leerla! Le interesó especialmente el relato del pecado y arrepentimiento de David, y lo conmovió el salmo 51, en que el rey contrito y humillado confiesa su culpabilidad. La lucha se intensificó en su corazón. ¿Habría esperanza para él? ¿No era demasiado tarde? ¿Podría Dios perdonar tanto crimen, tanta maldad? Pocos días después ocurrió otro incidente de trascendencia en su vida. El guardián se presentó en su celda y le anunció que el joven Julián Steunenberg deseaba verlo, y añadió por su cuenta:

-Trae un paquete. Bien pudiera ser un arma envuelta. Tal vez sea mejor que no lo reciba.

Orchard reflexionó un momento, y luego contestó:

-Prefiero recibirlo. Si me quiere matar, desde el punto de vista humano tiene todo el derecho.

Julián Steunenberg pasó y le tendió la mano. Orchard vaciló antes de responder al gesto, pero al fin le tendió la suya. Julián habló:

-Mi madre le manda un libro y unas revistas. Le ruega que los lea, pues está segura de que le harán bien. Ella desea que Ud. entregue su corazón a Jesús. Dios lo perdonará, como ella le ha perdonado el mal que nos ha hecho. Adiós.

Sin esperar respuesta, se dio vuelta y salió. Orchard quedó pasmado. Por un rato no atinó a moverse. Allí estaba, con el paquete en la mano sin pensar en abrirlo, porque el mensaje de aquella mujer era tan desconcertante que aún no lograba penetrar en su tenebrosa mente. ¡Que la viuda del hombre a quien él asesinara le aseguraba que le había perdonado todo el mal y la desgracia que les causó a ella y a su familia! ¡Y aun le rogaba que se entregara a Dios para recibir el perdón del cielo! ¡Esto fue más de lo que su espíritu, sacudido durante tantos días y semanas por su lucha interior, pudo soportar! Harry Orchard se echó sobre su duro lecho y lloró, por primera vez en muchos años, con sollozos convulsivos y desgarradores. Cuánto tiempo lloró, no lo supo. Pero ese llanto lo alivió de la tremenda tensión nerviosa bajo la cual había estado viviendo.

Luego, ya más tranquilo, abrió el paquete y tomó primeramente el libro. Era un pequeño volumen titulado "El camino a Cristo" Lo hojeó y leyó los títulos de algunos capítulos: "El amor de Dios", "El arrepentimiento", "La conversión", "El poder de la oración". Un librito sencillo y sincero que le indicaba a esa pobre alma atribulada precisamente lo que necesitaba: el camino a Cristo.

Ávidamente leyó sus páginas, y su mente empezó a vislumbrar una posibilidad de redención para él. La siguiente vez que el Dr. Mc Pharland lo visitó, conversaron mayormente sobre temas bíblicos, y al despedirse, Orchard le hizo un sorprendente pedido:

-Dr. Mc Pharland, ¿me haría Ud. el favor de conseguir algún ministro de Dios que me visite?

-Con mucho gusto. El reverendo Hinks, de la Iglesia Metodista Episcopal, es amigo mío, y sé que estará más que dispuesto a visitarlo.

Efectivamente, ese pastor de almas lo visitó sin demora y sus palabras fueron como bálsamo para esa alma destrozada por el remordimiento. Al poco tiempo, Orchard se había entregado a Dios y había hecho, además, dos decisiones: confesar ampliamente sus delitos, y escribirle una carta a su esposa pidiéndole perdón y dándole la noticia de su conversión; así se lo manifestó al reverendo Hinks:

-Reverendo, he confesado a Dios mis pecados y acepto por fe el perdón divino que no merezco, porque él lo promete en su Palabra, y creo que esa promesa me incluye a mí, vil e indigno como soy. Comuníqueme al Dr. Mc Pharland que necesito hablar con él. Y otro favor: después de Dios, la persona a quien más he ofendido y perjudicado es mi esposa. Quiero escribirle una carta confesándole mi vida pecaminosa y pidiéndole perdón; pero no sé nada de su vida y la de nuestra hijita; ni siquiera sé dónde viven.

-No se aflija. Yo averiguaré su dirección y le haré llegar la carta. Escríbale. También le transmitiré su mensaje al Dr. Mc Pharland.

Mientras la carta era enviada a su destino, Harry Orchard, después de hacerle una amplia confesión de sus delitos al detective, se ocupó en la humillante tarea de confirmarla por escrito.

A los pocos días Orchard tuvo en sus manos la respuesta de su esposa. La lectura de esa carta conmovió las fibras más íntimas de su ser. Sólo una mujer muy noble, leal y profundamente cristiana había podido escribir palabras de tanto amor, abnegación y fidelidad. Entre sus párrafos, había especialmente uno que el esposo culpable leyó muchas veces: "Y quiero que sepas, mi amor, que hace años te perdoné, y desde que te alejaste de nuestro lado no he cesado de orar por ti, ni dejaré de hacerlo. Dios ya está contestando mis oraciones de un modo maravilloso".

Leyendo esa carta, Orchard derramó muchas lágrimas, exclamando una y otra vez : -¡Bendita esposa mía! Este es verdadero amor, ¡y yo tan indigno de él! ...

La confesión de Orchard no se refería sólo al atentado fatal contra el ex gobernador, sino a todos los otros hechos delictuosos que había cometido en su vida. Como se declaraba culpable de todos ellos, no fue difícil dictar el veredicto: Harry Orchard fue condenado a la horca. Pero su confesión arrojaba luz sobre muchos crímenes que hasta entonces habían permanecido rodeados de misterio. Ahora era evidente que la Federación Occidental de Mineros pagaba a ciertos ejecutores para asesinar a los dueños de minas y a otras personas que ocupaban cargos importantes en el gobierno o en la policía y se oponían a sus métodos de coerción y violencia. C. H. Moyer, presidente de la Federación; W. D. Haywood, secretario-tesorero; y G. A. Pettibone, otro miembro de la junta directiva de la misma, fueron arrestados y encarcelados en Boise para ser sometidos a juicio.

Ya había dejado de ser un caso personal, para convertirse en un juicio entre dos entidades poderosas. Orchard se convirtió ineludiblemente en el testigo "astro", es decir, el testigo oficial. El fiscal designado por el Estado fue el abogado y senador nacional W. E. Borah, íntimo amigo del extinto ex gobernador. La Federación escogió como principal defensor al abogado C. Darrow, de fama sin paralelo. Más de 200 personas fueron citadas para elegir entre ellas el jurado.

El abogado nombrado por el Estado a fin de preparar a Orchard para el juicio, trató de orientarlo de acuerdo con su criterio judicial. Le aseguró que él prestaría un servicio incalculable al Estado y al país como testigo "astro" y eso sería tenido en cuenta para aminorar su culpa; pero que no le convenía confesar públicamente todos los delitos cometidos anteriormente, sino limitarse a reconocer su culpabilidad en el asesinato de Steunenberg; de ese modo estaría en mejor pie como testigo oficial. No obstante, las convicciones de Orchard eran tan firmes y sinceras, que prefirió algo diferente:

-Doctor, mi confesión no ha tenido por objeto convertirme en testigo oficial del Estado, aunque estoy dispuesto a hacerlo en cumplimiento de mi deber. Vacilé durante muchos días, que me parecieron años, antes de decidirme a hacer una confesión completa. ¡Sólo Dios y yo sabemos las agonías de esta lucha! Pero tengo que hacerlo para arreglar mis cuentas con el cielo y obtener la paz del alma. Ante el mundo, merezco diez veces la muerte, y estoy listo a sufrir el castigo de la ley.

Mientras se llenaban los requisitos legales para iniciar el juicio, la Sra. de Steunenberg continuaba manteniendo correspondencia con Orchard y enviándole revistas y libros que él leía con avidez. La influencia de esta noble y piadosa mujer fue decisiva en la experiencia espiritual del reo. Además del reverendo Hinks, lo visitaba con frecuencia el Dr. Froom, amigo de la familia Steunenberg, el cual con su

bondad y comprensión ejerció una benéfica influencia en el presidiario. Cuando por fin, transcurrido más de un año, se llevó a cabo el juicio, Orchard era un hombre transformado, no sólo en su sentir y pensar, en sus intenciones e ideales, sino también en la misma expresión de su rostro. Su semblante y su mirada expresaban franqueza, humildad, sencillez y amor. El juez Wood, que presidió el juicio, había visto a Orchard cuando fue arrestado, y al verlo de nuevo ahora, casi un año y medio después, no podía creer que fuese la misma persona. Le parecía "que había nacido de nuevo".

Como dijimos al principio, este juicio hizo historia a comienzos del siglo. La ciudad de Boise era un hervidero de gente y se notaba gran efervescencia en algunos grupos que amenazaban venganza especialmente contra el abogado Borah y aun contra el juez. En cuanto al abogado Darrow, estaba empeñado en defender a las personas y la institución comprometidas por la confesión del testigo oficial, en la cual desfilaban hechos, personas, fechas, lugares, con una precisión y realismo aplastantes. Darrow desplegó toda su merecidamente ponderada habilidad y maestría para confundirlo y hacerlo incurrir en contradicciones, pero a pesar de ametrallararlo horas seguidas, durante muchos días, con un interrogatorio rapidísimo e incoherente, jamás logró hacerlo vacilar ni contradecirse, porque desde el comienzo Orchard dijo la verdad llana y sencilla.

Era obvio que el Estado necesitaba legalmente más de un testigo. Los contrincantes los tenían en gran número, indudablemente bien remunerados. . . Meses atrás, la policía logró arrestar a uno de los principales "colaboradores" de Orchard, y lo encerraron en la celda de éste. Los consejos de Orchard y la pericia del detective McPharland lograron persuadirlo a confesar ampliamente sus delitos y escribir la confesión. Pero cuando faltaba poco para iniciarse el juicio, se retractó de ella y se obstinó en negarla. Un sheriff que conocía muchos de los manejos y procedimientos de la Federación y tenía pruebas de hechos comprometedores, hombre íntegro y valiente, se prestó a testificar, pero cuando se dirigía desde su casa al tribunal, lo mataron a balazos al trasponer el portón de su patio. Aunque tanto el jurado como el juez estaban convencidos de la veracidad de cuanto declaró el testigo oficial, por carecer de suficientes pruebas legales los tres acusados fueron puestos en libertad. Pero el testimonio de Orchard no fue inútil. La Federación había recibido su advertencia, y después de aquel notable juicio dejó de imperar la violencia y no hubo más muertes por venganza.

En consideración al servicio que Orchard prestó al país como testigo oficial, se le conmutó la pena de muerte por la de prisión perpetua. Cuando le comunicaron el fallo, todo su ser se rebeló y sintió que resurgía con ímpetu renovado la fiera que él creyera muerta dentro de sí.

Cuando el Dr. Froom, el primero en visitarlo al saber la noticia, llamó a su puerta, se encontró con un hombre presa de gran agitación, que recorría la celda como un león recién enjaulado.

-¡No, Dr. Froom, no me resigno a pasar el resto de mi vida encerrado!

-¿No cree que Dios ha influido en la mente del jurado para que modifique el veredicto?

-¡No! Si Dios es tan misericordioso como para perdonar las iniquidades de mi vida pasada, como lo he creído, no puede ser tan cruel como para permitir que me condenen a un castigo que no podré soportar. Arreglé mis cuentas con Dios, y con mi testimonio, tan denigrante para mí, traté de servir al Estado y beneficiar a mis semejantes abriéndoles los ojos en cuanto a los métodos perversos de una organización en la que muchos confiaban. Y esperé agradecido la muerte que merezco. ¡Pero verme privado de la libertad por el resto de mi vida, no!

En ese momento entró Julián Steunenberg para "trasmitirle un mensaje de mi madre". Orchard casi reverenciaba a la viuda de Steunenberg, de modo que con un gran esfuerzo de voluntad se tranquilizó para escuchar dicho mensaje:

-Al conocer el fallo, mi madre se alegró muchísimo. Ella considera que sin duda Dios tiene algún propósito al prolongarle la vida.

-Yo ahora no lo veo así. Considero que esta nueva sentencia es una maldición, un triunfo del diablo. Pero el Dr. Froom, con el tacto y la sabiduría que lo caracterizaban, continuó su razonamiento:

-Dice la Biblia que los pensamientos de Dios son más altos que los nuestros, tanto como los cielos son más altos que la tierra. Ud. ha tratado de arreglar sus cuentas con Dios y con los hombres, y esperaba la muerte como una liberación. . . ¿No será que le falta valor para vivir y demostrar con su vida la sinceridad de su arrepentimiento? Ud. reconoce que su vida pasada fue una maldición y que es culpable de la muerte de unas veinte personas y la mutilación de muchas más. La Biblia enseña que debemos resarcir los daños

causados con "los cuatro tantos". ¿No será que Dios le ofrece ahora la oportunidad de ser una bendición para otros, y por cada persona a quien quitó la vida, conducir cuatro al camino de la redención? Los designios de Dios son inescrutables y a menudo difíciles de aceptar, pero son los designios de un Ser omnisapiente y misericordioso.

-Posiblemente Ud. tenga razón y la Sra. de Steunenberg también; pero estoy muy agitado y confundido. De todas maneras, su visita me ha hecho bien. Y tú, Julián, dile a tu madre que le estoy, como siempre, profundamente agradecido.

Gracias a los consejos y palabras persuasivas de estos amigos y otros que lo visitaron, y a una carta de su noble esposa en que le manifestaba su inmensa alegría por el veredicto, después de una cruenta lucha librada sobre sus rodillas, Orchard aceptó con sumisión y buen espíritu su destino.

Las palabras al parecer proféticas del Dr. Froom se cumplieron con mayor amplitud de lo que él o cualquier otra persona hubiera siquiera soñado en aquel entonces, porque Harry Orchard, el archicriminal, se convirtió con el tiempo en un hombre de Dios, cuya vida santa ejerció una influencia benéfica y muchas veces redentora en centenares de personas que estuvieron reclusas durante poco o mucho tiempo tras las rejas de aquella prisión.

El proceso que lo convirtió de malhechor en santo, fue arduo y doloroso. Se realizó mediante reñidas batallas consigo mismo, largas horas sobre sus rodillas en fervorosas plegarias, y el estudio diario y devoto de las Sagradas Escrituras.

Dotado de una extraordinaria habilidad manual, fundó un taller de carteras finas y calzados donde trabajaban muchos presos. Este llegó a ser un medio eficaz de rehabilitación: aprendían un oficio y ganaban dinero con que iniciar una vida nueva al salir de la cárcel. El mismo Orchard, con la ganancia obtenida ayudaba al sostén de su esposa y costó la educación de su hijita.

Más tarde pasó a la categoría de recluso y gozó de gran libertad y de la confianza absoluta del personal directivo. Entonces se hizo cargo de la granja y la huerta de la penitenciaría. Tuvo un hermoso criadero de aves finas que fue prosperando continuamente en calidad y cantidad, y una extensa huerta y jardín de flores que causaban la admiración de las visitas. Ya no vivía en una celda, sino en una cabaña independiente, junto a un arroyuelo murmurante, en los terrenos de la granja. Era una cabaña humilde pero cómoda, con muebles fabricados mayormente por él, y con muchos libros.

Poco a poco fueron muriendo las personas de su edad, a quienes amaba y admiraba, y por quienes hubiera deseado la libertad para gozar de su compañía: su esposa, la Sra. de Steunenberg, su fiel amigo el primer guardián, y el Dr. Froom...

Ahora quienes lo visitaban más asiduamente pertenecían a la nueva generación, que lo querían como a un padre o un abuelo. .. Frank Steunenberg, el pequeño de cuatro años que con su inocencia infantil detuvo el arma homicida aquella noche, hacía mucho tiempo... ahora, profesor y ministro de Dios, lo visitaba con frecuencia y conversaban como grandes amigos. Otro amigo íntimo era el reverendo L. E. Froom, hijo del Dr. Froom, el consejero espiritual que ejerció una influencia bienhechora tan valiosa durante los primeros años de su vida de presidiario.

Sí, ahora su mundo era éste: la cárcel. Dedicado siempre a un trabajo productivo para la institución y para sus compañeros de prisión; entregado a una vida de estudio y devoción que establecía cada día una creciente y más íntima comunión con Dios; atento siempre a cualquier oportunidad que se le ofreciera para hacer bien a otros..., desde muchos años atrás estaba convencido de que los caminos de Dios son los mejores. Sí, éste era su mundo: los adultos lo consideraban un amigo fiel y comprensivo; los jóvenes, un sabio consejero; y todos, un padre y un santo. Acudían a él cuando tenían problemas de cualquier índole, acudían a él cuando necesitaban consuelo; pedían su ayuda y su compañía cuando estaban enfermos, y solicitaban su presencia en la hora de la muerte. A un anciano, condenado también a prisión perpetua, cuando estaba moribundo, el guardián le preguntó si deseaba que llamara a un ministro de Dios, y él contestó: "Llame a Orchard. Nadie sabe orar como él".

Tanto el director de la cárcel como los distintos guardianes que trabajaron allí manifestaron que, en más de una ocasión, cuando ellos se reconocían incapaces de conseguir encomendaban a Orchard. .. "Cómo lo hace, no sé -decían-, pero siempre tiene éxito. A veces le lleva tiempo, pero nunca fracasa".

El personal directivo de la cárcel, en más de una ocasión dio este testimonio: "Decenas de presos entraron aquí malhechores empedernidos y salieron hombres de bien, gracias a la obra y la influencia de Orchard".

En sus últimos años estaba casi ciego. Y a no podía leer su preciosa Biblia, toda subrayada; pero se sabía de memoria capítulos enteros, especialmente los salmos. Poco podía trabajar, pero aún cultivaba su jardín de flores y disfrutaba de la vida al aire libre. Y seguía siendo un buen conversador, alegre y agradable; de modo que nunca faltaba quien lo visitara para disfrutar de su compañía.

Falleció apaciblemente en 1957, a los 91 años de edad. A su sepelio asistieron más de 600 personas de todos los alrededores. Un buen porcentaje de ellos eran ex presidiarios que habían hallado en él un verdadero amigo cuando estaban en la cárcel. Nunca se vio un caso en que los presos manifestaran tanto pesar por la muerte de un compañero.

En 1907, cuando se realizó aquel juicio sensacional, la conversión de Orchard era el tema obligado de las discusiones.

La mayoría dudaba de que fuera genuina. Creían que era un recurso suyo para lograr la conmutación de la pena. Pero 50 años de vida santa son testimonio suficiente y no fue una transformación instantánea y milagrosa, sino un proceso gradual, progresivo y penoso, la obra de la gracia redentora en un alma que se prestó plenamente a ella.

Esta es la historia conmovedora de Harry Orchard, el hombre que se convirtió de archicriminal en santo.